

ran restringido las atribuciones de la Cámara, negaron que fuese oportuno disminuirlas más todavía (1). El gobierno se vió obligado á recurrir á dos de los más importantes individuos de la comisión, los Sres. Baroche y Rouher, y á pesar de esta intervención, hubo siete senadores que votaron en contra del senadoconsulto y se negaron á entregar al naciente Imperio lo que quedaba de las libertades públicas; y aun entre los que emitieron una opinión favorable, muchos obraban más bien arrastrados que convencidos, siendo su voto resultado de su docilidad más que de su convencimiento meditado.

¿Es necesario decir que esos debates á puerta cerrada permanecían ignorados? En los documentos contemporáneos se encuentra á lo sumo alguna alusión á aquel senadoconsulto que consagraba la omnipotencia imperial en materia económica y financiera. A fines de 1852, sólo una cosa preocupaba á los amigos del poder, y era que el Imperio, aclamado con tanto entusiasmo por el pueblo francés, fuera reconocido con la misma fortuna en el extranjero.

En este punto surgía una doble complicación: la primera se derivaba del Congreso de Viena, que había excluído á perpetuidad del trono de Francia á Bonaparte y á su familia; siendo esto así, ¿anularían las potencias su propia firma, antigua sí, pero no borrada todavía por los años? La segunda nacía del título que había adoptado Luis Napoleón, quien, considerando válida la efímera proclamación del duque de Reichstadt, se había denominado Napoleón «III.» Esta cifra parecía indicar su pretensión á una especie de legitimidad imperial perpetuada á través del tiempo; y aunque el soberano francés desautorizaba tal suposición, era de temer que Europa se conmoviera más de lo razonable por esta apariencia. A esta doble dificultad añádase una aprensión bastante general en el extranjero, cual era la de que el sobrino del Emperador hubiese heredado de éste no sólo su nombre, sino que también sus ambiciones. Los consejeros de Napoleón III, plenamente tranquilos por lo que al interior se refería, esperaban, no con ansiedad, pero sí con una impaciencia un tanto nerviosa, los primeros síntomas por los cuales se vendría en conocimiento de la desconfianza ó de la benevolencia de los monarcas extranjeros.

El primer gobierno que reconoció el nuevo Imperio fué el de las Dos Sicilias, apresuramiento que causó gran sorpresa por cuanto procedía precisamente de un rey Borbón. Tocóle después el turno á Suiza, y luego al Piamonte, ese cliente futuro y fatal de la Francia. Ciertos Estados secundarios de Alemania manifestaron muy pronto su buena voluntad; estos Estados fueron Francfort, Darmstadt, Nassau y sobre todo el rey de Wurtemberg, quien felicitó muy calurosamente á nuestro enviado, el duque de Guiche. El *Monitor* insertaba cuidadosamente esos modestos testimonios, y aun los exageraba un poco, esperando que promoverían otros de más alto precio. El rey de los belgas fué también uno de los primeros en reconocer al nuevo soberano, apresurándose á hacerlo no por simpatía, sino por miedo: temía, en efecto, los designios que pudiera abrigar el emperador, pues las reclamaciones que se le dirigían

á propósito de los excesos de la prensa ó de las osadías de los refugiados parecíanle presagio de alguna próxima tentativa de anexión; aparte de que durante el verano de 1852, estando en Wiesbaden, había emitido en varias ocasiones severos juicios sobre la incapacidad de Luis Napoleón y sobre la alarmante movilidad de sus planes (2). A estos reconocimientos se agregó una adhesión más importante, la de la Gran Bretaña. No es que la prensa y la opinión pública en Inglaterra fuesen favorables á Napoleón, puesto que, por el contrario, denunciaban con ardor en parte fingido y en parte sincero sus supuestas ambiciones; pero el gabinete británico, sin combatir abiertamente estas prevenciones, no participaba de ellas, y en el *Foreign Office* se agradecían las declaraciones pacíficas del emperador. Una circunstancia sobre todo había causado la mejor impresión en aquel gobierno, y era que, habiendo muerto Wellington, Francia se había hecho representar en el entierro de aquel enemigo irreconciliable del primer Imperio: Luis Napoleón había dicho: «Quiero olvidar lo pasado (3).» Por otra parte, es tradicional entre los hombres de Estado ingleses reconocer todos los poderes existentes, sea cual fuere su origen. El día 6 de diciembre, el conde de Malmesbury, entonces ministro de Negocios extranjeros, dió á conocer en la Cámara de los lores las intenciones del gobierno de la reina: «La voluntad del pueblo francés, dijo, se ha manifestado claramente, y el nuevo soberano, aunque ha adoptado el título de Napoleón «III.,» funda su poder, no en un supuesto carácter hereditario imperial contrario á las declaraciones del Congreso de Viena, sino en el asentimiento nacional. Se nos han dado, seguía diciendo el ministro, las seguridades más satisfactorias así en forma oficial como en conferencias privadas.» Lord Malmesbury, al terminar su discurso, anunció el próximo reconocimiento del Imperio francés, y lo anunció con una satisfacción que no bastaba á ocultar la reserva impuesta á su lenguaje, porque había sido uno de los amigos más fieles de Luis Napoleón en los días ya lejanos del destierro (4).

Faltaba conocer la disposición de las tres grandes potencias continentales. En Viena la opinión general era, si no benévola, por lo menos sin hostilidad marcada. En Berlín los temores parecían más vivos, y el disgusto era menos disimulado: reinaba allí Federico Guillermo, príncipe dotado de gran elevación de espíritu, pero caprichoso, con una imaginación voluble, muy aferrado á los principios de la Santa Alianza, pero con un tinte de liberalismo místico que luchaba entre los escrúpulos de su conciencia y las ambiciones tradicionales de su dinastía y que hacía intervenir á Dios en todos sus ensueños, lo que daba á sus propios ojos carácter sagrado á sus alucinaciones. El nombre de Napoleón le inspiraba una aversión mezclada con cierto terror supersticioso; se figuraba al príncipe como «la revolución encarnada (5),» y su alma, tan propensa al

(2) Véase *Correspondance diplomatique de M. de Bismarck*, tomo I, pág. 61.

(3) Teodoro Martín, *The life of prince consort*, tomo II, página 475.

(4) Véase *Parliamentary debates, third series*, tomo CXXIII, pág. 976.

(5) Carta de Federico Guillermo al caballero de Bunsen, 17 de noviembre de 1852 (*Aus dem Briefwechsel Friedrich-Willems IV mit Bunsen*, por Leopoldo de Ranke, pág. 295).

(1) *Procès-verbaux des seances du Sénat*, 1852, tomo II, páginas 230-312.

miedo como al entusiasmo, veía ya la sublevación de Polonia, de Hungría, de Italia, de Bélgica, y el trastorno de la vieja Europa. Durante todo aquel año 1852 no había cesado de insistir en sus cartas al caballero de Bunsen, su embajador en Londres y su confidente más estimado, para que las cuatro grandes potencias se unieran y se garantizaran sus respectivos territorios; y apenas proclamado el Imperio, su imaginación, impresionada por este hecho, le mostró el fantasma de una invasión. «La Bélgica, escribía en 7 de diciembre al caballero de Bunsen, es el objetivo más cercano del ave de presa recientemente coronada (1).» Quería sin tardanza un tratado, un convenio militar, y ofrecía poner cien mil hombres al servicio de la alianza; pero por fortuna media gran trecho entre el pensamiento y la acción, y más aún tratándose de Federico Guillermo, tan tornadizo como impresionable y como nadie irresoluto. Se sabía que á pesar de sus ardimientos febriles no se adelantaría á las demás potencias, sino que las seguiría, y de aquí que las miradas se dirigiesen no tanto á Prusia cuanto á Rusia.

Entre la corte de San Petersburgo y la nueva corte de las Tullerías hubo un momento, no de crisis, pero sí de marcada tirantez. El zar Nicolás había, en un principio, aplaudido el acto de 2 de diciembre; pero luego las correspondencias oficiosas que en gran número recibía de París le hicieron mirar con malos ojos el reciente estado de cosas; habría querido que Napoleón se contentara con una dictadura personal y vitalicia, y le disgustaba la resurrección de la monarquía napoleónica, ora porque se creyera ser el custodio de la Santa Alianza, ora porque le pareciera que el Imperio francés, restaurado en condiciones tan propicias, podría hacer sombra al suyo. Transcurrieron algunos días antes de que la razón se sobrepusiera al despecho, y aun en el momento mismo en que el zar se decidió á reconocer el nuevo reinado, un pequeño detalle dejó traslucir su malhumor: en las cartas credenciales presentadas por el Sr. de Kisselef á Napoleón III, Nicolás había omitido el tratamiento de *hermano* que se usa entre soberanos. El Sr. Drouyn de l'Huys tomó la cosa muy á pecho, y en una conversación muy animada echó en cara al enviado ruso aquel olvido de la etiqueta: «La corte de San Petersburgo es muy joven, díjole con altivez, para romper con las tradiciones ó pretender crear otras nuevas (2).» Napoleón III fué menos quisquilloso y aparentó no comprender el matiz desdeñoso de la omisión. En efecto, ¿qué importaba aquello? El Imperio, reconocido desde los primeros momentos por Inglaterra, acababa de serlo, aunque de mala gana, por Rusia; en los días siguientes presentaron sus credenciales los ministros de Prusia y de Austria. Cierto que la aprobación de Europa no era tan pronta y tan entusiasta como había sido el plebiscito del pueblo francés; pero quedaban salvadas todas las dificultades y alejadas todas las complicaciones. La paz exterior estaba asegurada; en el interior reinaba una paz profunda. Y entonces precisamente se preparaba un suceso que iba á coronar la fortuna de Napoleón III y á consolidar sus destinos.

(1) *Aus aem Briefwechsel Friedrich-Willems IV mit Bunsen*, por Leopoldo de Ranke, pág. 299.

(2) *Les quatre ministères de M. Drouyn de l'Huys*, por M. Bernard d'Harcourt, pág. 69.

En su ponencia sobre el senadoconsulto que restablecía el Imperio, el Sr. Troplong había expresado «la esperanza de que, en tiempo no lejano, una esposa vendría á sentarse en el trono que iba á alzarse y daría al emperador vástagos dignos de su gran nombre y de este gran país. Puesto que el Imperio se crea con miras al porvenir, seguía diciendo el ponente, ha de traer consigo todas las consecuencias legítimas que preservarán este porvenir de incertidumbres y de conmociones.»

El Sr. Troplong, al hablar en estos términos, se había hecho eco de una opinión entonces casi unánime. Se restauraba el Imperio hereditario, pero se buscaba con inquietud dónde estaría el heredero: descartados los hijos de Luciano y habiendo muerto José sin sucesión, no se veía al lado del emperador más que á Jerónimo, ex soberano de Westfalia, y á su hijo el príncipe Jerónimo Napoleón, lo cual era poco para una dinastía. De estos dos personajes, el primero, ya muy viejo, despertaba la idea más bien del pasado que del porvenir; y en cuanto al segundo, aunque no le faltaban los dones de la juventud, ni las cualidades físicas, ni el talento, llevaba unida á su persona una impresión de desconfianza que se acentuó de día en día. En la Asamblea legislativa se le había visto sentarse entre los montañeses; y unido por vínculos de amistad con muchos de los vencidos del golpe de Estado, tenía la extraña suerte de ser por su cuna el más próximo al trono y el más apartado de él por sus sentimientos. Por una singular ironía de las circunstancias, iba á ser el principal beneficiario de una evolución que aparentaba desaprobación. En las ceremonias oficiales se le veía en medio de los brillantes uniformes vestido con un sencillo frac negro, á modo de protesta democrática, y ostentando en su rostro, de líneas regulares y duras, una expresión no disimulada de altivez, de tedio y de desdén. Los que le conocían elogiaban su inteligencia apta para profundizarlo todo, pero que se aplicaba sucesivamente á las cosas más diversas por capricho y sin perseverancia. Aun siendo tan demócrata, afirmábase de él que menos que nadie rechazaría las grandes comodidades y el lujo de su rango de príncipe. Decíase que en él todo eran contrastes: absoluto en su voluntad como un autócrata y violento en sus opiniones como un demagogo; duro generalmente y á veces amable hasta la seducción; torpe á menudo, aunque dotado de mucha perspicacia natural; mudable en sus impresiones y sin embargo fiel en alguna de sus amistades; de una elocuencia fogosa y vehemente, con tesis excesivas y paradojas rebuscadas; ambicioso, pero no lo bastante para doblegar á sus ambiciones sus conveniencias ó sus caprichos; rebelde á toda coacción, así de las costumbres como de la etiqueta y del lenguaje; más molesto que útil para el jefe de la familia, y no obstante amado por él á pesar de frecuentes disputas. Sus opiniones, extremadas todas, eran sucesivas, excepto una de la que no varió nunca: sentía una hostilidad sistemática contra todo símbolo religioso en general y contra la religión católica en particular, y esta tendencia, que no se cuidaba de disimular, habría sido por sí sola un obstáculo invencible en una época en que el naciente Imperio buscaba su apoyo en el clero casi tanto como en el pueblo y en el ejército.

Ese doble sentimiento de confianza hacia Napoleón y de alejamiento hacia su familia en ninguna parte se ofrecía más marcado que en el Senado. Cuando á principios de noviembre habían sido convocados los senadores en París para establecer el reinado nuevo, muchos de ellos se habían negado á reconocer el derecho hereditario imperial en provecho del rey Jerónimo y de su descendencia. Los hombres más respetables, como los señores Rouher y Baroche, habían intentado en vano vencer los escrúpulos razonados de los unos y las instintivas repugnancias de los otros, y al fin, can-

que Luis Napoleón se casaría con la princesa Wasa, rumor que adquirió consistencia y visos de verdad cuando el *Monitor*, tomándolo del *Morning Post*, dijo que si bien no se había hecho ninguna proposición positiva, tampoco se habían roto las negociaciones. Así estaban las cosas cuando se supo la boda de la princesa con el príncipe Augusto Alberto de Sajonia. Entretanto, los amigos del nuevo emperador habían concebido otra combinación, fijándose en la princesa Adelaida de Hohenlohe, sobrina de la reina Victoria. El Sr. de Morny se dirigió á lord Malmesbury, entonces ministro de Ne-



Eugenia de Montijo, condesa de Teba

sados unos y otros de discutir, habían llegado á una especie de transacción: el artículo 4.º del senadoconsulto, que fué propuesto el 4 de noviembre y votado dos días después, nada disponía acerca de la sucesión hereditaria colateral, dejando al emperador el cuidado de determinarla por medio de un decreto orgánico. Poco después el rey Jerónimo abdicó la presidencia del Senado, no siendo seguramente ajena á esta resolución la actitud que para con él y para con su hijo adoptó la alta Asamblea. El decreto orgánico se publicó el 26 de diciembre, y en él se consagraba el derecho hereditario en la descendencia de Jerónimo; pero iba precedido de considerandos que quitaban á esta designación buena parte de su importancia: «Esperamos, decía el emperador, que nos será dado contraer bajo la protección divina una alianza que nos permitirá dejar herederos directos.» Con esto indicaba Napoleón III que había comprendido los deseos del Senado y sobre todo los del pueblo, y que sólo esperaba una ocasión para satisfacerlos.

¿Quién sería la mujer llamada al peligroso honor de sentarse al lado de Napoleón III en el trono imperial de Francia?

En el mes de septiembre había corrido el rumor de

gocios extranjeros y antiguo amigo de Napoleón III, y á mediados de diciembre, el Sr. Walewski, embajador de Francia, hizo una gestión que, según se dijo, tenía todos los visos de una demanda de matrimonio. Asegúrase que la princesa no habría rechazado la suerte aventurada, pero brillante, con que parecía brindarle la fortuna, á pesar de ser la reina Victoria contraria al proyecto; pero durante aquel tiempo el emperador, preocupándose muy poco de sus amigos y de sus consejeros, había fijado en otra persona su pensamiento y su corazón, comprometiendo de tal manera que si las gestiones de sus amigos en Londres hubiesen dado buen resultado, su éxito les habría puesto en gravísimo apuro (1).

Entre los extranjeros á quienes París atraía y que por sus largas estancias en la capital habían adquirido en ella verdadero derecho de ciudadanía, había una joven española, de veintiséis años, de notable belleza é ilustre cuna, la Srta. D.^a Eugenia de Montijo. A fines de otoño, díjose que el emperador se había fijado en ella, y desde entonces, en los paseos y en el teatro de la Opera, Eugenia fué objeto de la pública curiosidad, que llegaba á ser molesta á fuerza de indiscreta. Habiéndose trasla-

(1) Véase *The Greville's Mémoires*, tomo VII, págs. 38-41.